

miento moderno y sin soñar nunca en aplicar sus lecciones a la mejora de la lógica. Es fácil demostrar que la doctrina de que el uso familiar y la distinción abstracta constituyen la perfección de la aprehensión sólo tiene verdadero sitio en filosofías hace mucho tiempo extinguidas; y es ya hora de formular el método para alcanzar una más perfecta claridad de pensamiento, tal como la vemos y admiramos en los pensadores de nuestro tiempo.

Cuando Descartes emprendió la reconstrucción de la filosofía, su primer paso consistió en permitir (teóricamente) el escepticismo y desechar la práctica escolástica de considerar la autoridad como última fuente de la verdad. Hecho esto, buscó un origen más natural de los principios verdaderos, creyendo hallarlo en el intelecto humano. Así pasó, del modo más directo, del método de autoridad al apriorismo, tal como lo describo en mi primer artículo (1). La autoconciencia iba a proporcionarnos nuestras verdades fundamentales y a decidir lo que era acorde con la razón. Pero, dado que, evidentemente, no todas las ideas son ciertas, tuvo que establecer, como primera condición de infalibilidad, que han de ser claras. La distinción entre la idea que *parece* clara y la que realmente lo es, no se le ocurrió nunca. Creyente como era en la introspección, incluso para el conocimiento de las cosas externas, ¿por qué había de poner en tela de juicio su testimonio con respecto al contenido de nuestra conciencia? Pero más tarde — y supongo que al ver a hombres que parecían del todo claros y precisos, sostener opiniones opuestas sobre principios fundamentales — hubo de afirmar que la claridad de las ideas no es suficiente, sino que necesitan también ser distintas, es decir, que no haya nada obscuro en cuanto les concierne. Lo que probablemente quiso expresar con esto (pues no lo explicó con precisión) es que han de soportar la prueba del examen dialéctico; que no sólo deben parecer claras en un principio, sino que la discusión no ha de ser nunca capaz de descubrir puntos oscuros que puedan afectarles.

(1) El presente trabajo es el segundo de los tres que forman la serie *Illustrations of the Logic of Science*, publicada en «Popular Science Monthly», 1877. Últimamente han sido incluidos, con las correcciones finales del autor, en la antología de Bachler *The Philosophy of Peirce* (Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres, 1956); 2.^a ed., 1956).

Tal fue la distinción de Descartes, y podemos ver que se hallaba exactamente al nivel de su filosofía. Leibniz la hizo objeto de un posterior desarrollo. Este grande y singular genio fue tan notable por su agudeza como por su ceguera. El que un mecanismo no pudiese trabajar perpetuamente sin ser alimentado con alguna forma de energía, era algo perfectamente claro para él; sin embargo, no comprendió que la maquinaria del intelecto puede ser tan sólo transformar el conocimiento, pero nunca originarlo, a menos de ser alimentada con los datos de la observación. Prescindió así del punto más esencial de la filosofía cartesiana; el de que el aceptar las proposiciones que nos parecen perfectamente evidentes es algo que, sea lógico o ilógico, resulta inevitable. En vez de considerar el problema de este modo, trató de reducir los primeros principios de la ciencia a dos clases: los que no pueden ser negados sin contradicción, y los que resultan del principio de razón suficiente; sin darse cuenta, al parecer, de la gran diferencia entre esta postura y la de Descartes. Así recayó en las antiguas trivialidades de la lógica; y, lo que es decisivo, las definiciones abstractas jugaron un gran papel en su filosofía. Era, por tanto, muy natural que, al observar que el método de Descartes tropezaba con la dificultad que a nosotros mismos nos asalta para tener aprehensiones claras de ideas brumosas, no se le ocurriese mejor remedio que el de exigir una definición abstracta para todo término importante. De acuerdo con esto, al adoptar la distinción entre nociones *claras* y *distintas*, describió esta última cualidad como la clara aprehensión de cuanto se contiene en la definición; y los libros han copiado desde entonces sus palabras. No hubo peligro de que proposición tan quimérica volviese a ser considerada. Jamás puede aprehenderse nada nuevo mediante el análisis de las definiciones. No obstante, este procedimiento nos permite ordenar nuestras creencias previas; y el orden es un elemento esencial de la economía intelectual, como de cualquier otra. Debemos reconocer, pues, que los libros tienen razón al hacer de la familiaridad con una idea el primer paso hacia la claridad de aprehensión; y de su definición, el segundo. Pero al omitir la mención de cualquier superior claridad de pensamiento, se limitan a reflejar una filosofía que fue refutada hace